

#FiloRetos
PARA LA VIDA
COTIDIANA

FILOSOFÍA

EN LA

CALLE

EDUARDO INFANTE

Ariel

FILOSOFÍA
EN LA
CALLE

EDUARDO INFANTE

#FiloRetos PARA LA VIDA COTIDIANA

Ariel

Primera edición: septiembre de 2019

© 2019, Eduardo Infante Perulero
© 2019, J. Mauricio Restrepo, por el diseño de la maqueta

Derechos exclusivos de edición en español:
© Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.
www.ariel.es

ISBN: 978-84-344-3120-1
Depósito legal: B. 14.426-2019

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

#FiloReto_1

¿DEBERÍAS CONTÁRSELO

TUDO

A TU PAREJA?

Kant. Elizabeth Anscombe. Sócrates. Jeremy Bentham.

J. S. Mill. Philippa Foot. Judith Jarvis Thomson.

Michael Sandel

Una noche de verano, en una fiesta, la libido se te sube por las nubes, el alcohol te corre por las venas como un caballo desbocado y terminas liándote con alguien a quien no volverás a ver nunca más. A la mañana siguiente te despierta un mensaje de móvil de tu pareja dándote los buenos días, recordándote lo mucho que te quiere y te echa de menos... ¿Qué debes hacer? ¿Se lo cuentas o callas como una tumba? ¿No contar algo es mentir? ¿La mentira es siempre inmoral? ¿Puede una mentira ser correcta si conlleva consecuencias positivas para todos los afectados? Si estás hecho un mar de dudas, puedes pedir cita con algunos de los filósofos que dedicaron su tiempo a reflexionar sobre el valor moral de la mentira. Escucha atentamente lo que tiene que decirte cada uno de ellos y luego elige: la responsabilidad es tuya; las consecuencias, también.

Los cuernos y el deber

Empecemos por Kant (1724-1804), considerado como uno de los más grandes filósofos de todos los tiempos, que estuvo a punto de tener que dedicarse a la fabricación de cinturones de cuero si no llega a ser porque sus padres hicieron horas extra para que él pudiera tener una carrera. Según cuentan, tenía una memoria colosal: durante una conferencia describió con enorme exactitud la arquitectura del puente de Westminster y un inglés que se encontraba entre el público le preguntó cuándo había estado en Londres y dónde había estudiado arquitectura. La respuesta de Kant fue que todo lo que sabía sobre el puente lo había leído.

Era un hombre que seguía una rutina tan exagerada que los vecinos ponían los relojes en hora cuando pasaba ante sus puertas. En una ocasión desapareció durante un par de días y sus amigos pensaron que le había ocurrido algo grave: lo encontraron en casa, donde había pasado todo ese tiempo leyendo una obra de Jean-Jacques Rousseau, uno de sus autores favoritos. Kant decía que cuando leía a Rousseau tenía que hacer dos lecturas, porque en la primera se maravillaba tanto con la belleza del estilo del filósofo suizo que no se fijaba en el contenido de la obra.

Kant estuvo a punto de contraer matrimonio dos veces, pero en ambas ocasiones se echó atrás en el último momento. Solía decir que casarse era bueno, pero que no hacerlo era mejor. Pese a ello, curiosamente, hoy en día existe la tradición de que los recién casados depositen flores al pie de la tumba de Kant.

Fue un gran defensor de la Ilustración, que para él consistía en la voluntad de dejar de ser menor de edad, tutelado por dioses y autoridades, y atreverse a pensar por uno mismo.

Si le consultaras a este viejo profesor de la Universidad de Königsberg (la actual ciudad rusa de Kaliningrado), te diría algo así como:

Tienes que cumplir con tu deber, es decir, has de hacer lo correcto, incluso cuando las consecuencias vayan en contra de tu felicidad o la de la persona a la que amas. Si quieres, puedes no afrontar tu deber, pero al menos no intentes convencerme de que el incumplimiento de tus obligaciones morales es lo correcto. Eso es tan sólo un autoengaño para mantener a la conciencia tranquila.

Llegados a este punto, probablemente le preguntarías al filósofo alemán cómo saber cuál es tu deber en este caso concreto de los cuernos. ¿Tu obligación es decir la verdad o evitar el dolor de tu pareja?

Kant desarrolló una fórmula para establecer los principios y las normas que deberían guiar nuestra conducta con el fin de que este mundo fuera mejor. La llamó «imperativo categórico», porque los deberes morales tienen forma de un mandato que nos obliga a todos de manera categórica, es decir, sin condiciones ni excepciones.* La clave para saber cuáles son tus obligaciones morales está en la universalización: si lo que pretendes hacer puede llegar a ser un deber para cualquier persona en las mismas circunstancias, habrás descubierto por ti mismo qué tienes que hacer. Para descubrir cuáles son tus obligaciones morales no necesitas consultar ningún código ético ni religioso, sino ejercitar la razón. La próxima vez que quieras actuar moralmente tienes que asegurarte de poder decir: «Ojalá todo el mundo en estas mismas circunstancias actuase de idéntica manera en que voy a hacerlo yo». De esta forma, todos somos fines y no simples instrumentos en manos de otros. La mentira, por ejemplo, no puede ser nunca moral porque nadie (en su sano juicio) puede desear que los demás le engañen. Kant cree que nuestra propia condición humana nos obliga a determinados imperativos: aquellos que deberíamos cumplir por el simple hecho de nuestra condición de seres racionales. Debemos actuar siguiendo únicamente normas que queramos que guíen no sólo nuestra acción, sino la de cualquier ser humano.

Ahora aplica el imperativo categórico a los cuernos de tu novia y responde a estas preguntas: ¿desearías que tu pareja te fuese infiel? ¿Que te ocultase su infidelidad? ¿Crees que un mun-

* Los imperativos son normas que nos obligan a realizar ciertas acciones. Kant distinguió dos clases:

- a. Hipotéticos: nos obligan, con la condición de que deseemos el bien que proponen; por tanto, admiten excepciones. El imperativo «debes amar a tu enemigo si quieres entrar en el cielo» es de este tipo porque no es universalizable; los miembros de la banda sueca de black metal Dark Funeral, por ejemplo, no estarían obligados a respetarlo, ya que ninguno de ellos tendría el más mínimo interés en salvar su alma.
- b. Categóricos: mandan de forma absoluta, es decir, sin condiciones ni excepciones, y prohíben cualquier acto que no pueda ser universalizado.

do en el que todos usásemos la mentira sería mejor? Si tu respuesta ha sido negativa, entonces tu deber es invitar a tu pareja a tomar algo, mirarle a los ojos y contarle lo ocurrido. Aunque no hace falta que te pases: el imperativo categórico no te obliga a relatar todos los detalles y pormenores de la infidelidad. Si quieres ser una buena persona, debes cumplir con tus obligaciones, asumiendo que muy probablemente los dos vais a sufrir y que vuestra relación quedará dañada. Al menos podrás mirarte de nuevo al espejo y recuperar la dignidad, porque eres un ser racional y autónomo.

Tus cuernos y un asesino en tu puerta

¡Espera! No te lances sin más a aplicar el imperativo categórico con tu pareja; puede que Kant estuviese equivocado al afirmar que nunca debemos mentir. Ya habrá tiempo de confesar tus cuernos si es eso lo que realmente debes hacer. Los críticos de las ideas éticas de Kant recuerdan un caso en el que se hace muy difícil la aplicación del imperativo categórico.* Imagina que un buen amigo tuyo llama a la puerta de tu casa y te pide que lo escondas porque un despiadado asesino le está dando caza. Tú, que eres una persona deseosa de tener una moral intachable, no dudas ni un segundo de que tu deber es dejar que tu amigo se refugie en alguna de las habitaciones de tu casa. Hasta aquí, la aplicación del imperativo categórico no nos da ningún proble-

* El caso se lo planteó el propio Kant en un ensayo titulado «Sobre el supuesto derecho de mentir por motivos altruistas». Su posición causó tal revuelo que le hizo entrar en debate con otro de los grandes intelectuales de la época, el filósofo francés Benjamin Constant (1767-1830), quien afirmó: «El principio moral según el cual es un deber decir la verdad, si se tomase de manera aislada e incondicionada, haría imposible toda sociedad. La prueba de ello la tenemos en las muy inmediatas consecuencias que ha extraído de este principio un filósofo alemán, quien llega a afirmar que sería un crimen la mentira dicha a un asesino que nos preguntase si un amigo nuestro, perseguido por él, se había refugiado en nuestra casa».

ma. Pero, de repente, llaman de nuevo a tu puerta y te encuentras frente al asesino, que porta una enorme hacha a lo Jack Nicholson en *El resplandor* (Stanley Kubrick, 1980) y te pregunta si tu amigo se encuentra en tu casa. ¿Debes decir la verdad? ¿Qué es lo correcto? ¿A qué te obligaría el imperativo categórico? Si este dilema te parece rebuscado, te invito a que veas la secuencia inicial de *Malditos bastardos* (Quentin Tarantino, 2009), en la que un granjero de la campiña francesa, que esconde a una familia de judíos en el sótano de su casa, recibe la visita de un convoy de militares alemanes liderados por el coronel Hans Landa, también conocido como *el Cazajudíos*. Hans se sienta en el comedor de la casa, se enciende una pipa y le dice al granjero:

 Mi trabajo sería ordenar a mis hombres que entren en su casa para realizar un registro antes de quitar el apellido de su familia de mi lista y anotar cualquier irregularidad que encuentre y seguro que las habrá. A menos que tenga algo que decirme que haga que el registro sea innecesario. Y debo añadir que cualquier información que facilite el desempeño de mi deber no será motivo de castigo. Todo lo contrario, será debidamente recompensada.

Si la aplicación del imperativo categórico nos fuerza a no hacer excepciones, debemos concluir que estamos obligados moralmente a decir la verdad tanto al *Cazajudíos* como al asesino del hacha.

La fuerza de este dilema está en el hecho de que, según nuestro sentido común, en estas circunstancias lo correcto es pasarse el imperativo categórico por el arco del triunfo. A pesar de todo, Kant considera que, incluso en un caso tan extremo como éste, hemos de decir la verdad. Un deber moral es válido en todas las circunstancias y tenemos que cumplirlo a pesar de las consecuencias. Si yo digo la verdad y mi amigo muere, la responsabilidad no sería mía, sino del asesino. Yo he cumplido con mi deber moral; por tanto, no sería culpable de esa muerte.

En cambio, si mintiese al asesino y éste se escondiese a la espera de que mi amigo saliese de casa y, cuando lo hiciera, le asestase un par de buenos hachazos, esa muerte recaería sobre mi conciencia.

Mentir no siempre está mal

La filósofa Elizabeth Anscombe (1919-2001) estaba de acuerdo con Kant en que existen normas morales universales. Esta pensadora fue coherente con sus ideas y durante su vida hizo siempre lo que consideró que era lo correcto, sin importarle las consecuencias. En 1956 se opuso públicamente a la decisión de la Universidad de Oxford, en la que ella había estudiado, de conceder el título de doctor *honoris causa* al expresidente estadounidense Harry Truman, por la responsabilidad de éste en el lanzamiento de las bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki. Elizabeth Anscombe escribió que Truman era un asesino por las decisiones que había tomado en la Segunda Guerra Mundial. Para la filósofa, «que los hombres decidan matar a inocentes como medio para sus fines [...] es un asesinato». Esta profesora de Cambridge estaba de acuerdo con Kant en que hay determinadas cosas que no deben hacerse nunca, aunque las consecuencias sean tan positivas como el final de una guerra. A pesar de ello, Elizabeth Anscombe no coincidía con el filósofo alemán en que decir siempre la verdad fuera una de esas normas morales absolutas. Prueba, por ejemplo, a realizar el siguiente experimento: oblígate durante un solo día a decir siempre y sin excepción la verdad. No te permitas ni una de las denominadas *mentiras piadosas*. Lo más probable es que al final del día te hayas convertido en una persona insensible y maleducada. Para Elizabeth Anscombe, la regla de «no mentir» no es un imperativo categórico porque no es universalizable; por lo tanto, debes seguir reflexionando antes de decidir si confiesas o no tu infidelidad. Pero, en lugar de empezar cuestionándote qué de-

bes hacer, Elizabeth Anscombe considera que tendrías que comenzar preguntándote qué es una buena persona y qué cosas hacen que alguien sea una buena persona. Prueba a identificar a alguien en concreto a quien consideres una buena persona. Una vez que lo hayas reconocido, pregúntate cuáles son los rasgos que lo convierten en buena persona y, seguidamente, cuestionate si el uso de la mentira en tu situación es coherente con esas cualidades.

El gran maestro Sócrates (470-399 a. C.) fue un gran defensor de la justicia, del bien y de la virtud, y, sin embargo, no opinaba que decir siempre la verdad fuese algo bueno. Según cuentan, en cierta ocasión tuvo una conversación con uno de sus conciudadanos, llamado Eutidemo. Sócrates le preguntó si engañar es algo malo; su interlocutor le contestó que por supuesto que sí. Entonces, el maestro le planteó el siguiente caso: imagina que tienes un amigo tan deprimido que es posible que intente suicidarse. Si le escondiésemos su cuchillo para evitar esto, ¿acaso no le estaríamos mintiendo? Y, en esta situación, ¿qué es lo correcto: engañar o no hacerlo? Sócrates, a través de una serie de preguntas, demuestra a su vecino que no hay recetas fáciles que nos indiquen qué es lo correcto. El maestro no está defendiendo la mentira, sino la necesidad de razonar. La mayoría de nosotros vamos por la vida como controlados por un piloto automático, dando por hecho que nuestras opiniones sobre lo que está bien y lo que está mal son correctas. Pero si queremos llegar a ser buenas personas, debemos dedicar tiempo a reflexionar e indagar sobre la justicia. Para Sócrates, ser bueno no implica tener un cuerpo bello, fuerte o sano, porque una persona no es su cuerpo, sino su alma. Así que, si quieres mejorar, deberías dedicar menos tiempo a matarte en el gimnasio, porque sólo la justicia puede perfeccionar tu alma. Sócrates te miraría a los ojos y con una sonrisa picarona te preguntaría: ¿cómo vas a practicar la justicia, alma de cántaro, si no la conoces? ¿Se puede ejercer de médico sin saber nada de medicina o tocar un instrumento sin tener ni pajolera idea de música? Sócrates está

convencido de que, como paso previo para llegar a ser buena gente, debes dedicar tiempo a conocer qué es la justicia. Si el maestro se enterase de que algunos intentan eliminar la asignatura de ética del sistema educativo, se echaría las manos a la cabeza. Una sociedad sólo puede ser justa si sus ciudadanos lo son, y éstos únicamente pueden llegar a serlo si practican la ética. Para Sócrates, esta última no consiste en memorizar una serie de normas y aplicarlas mecánicamente, sino en aprender a razonar qué es lo correcto en cada circunstancia concreta. Se trata de enseñar a los jóvenes cómo pensar, no qué pensar.

Sobre el tema de los cuernos, Sócrates no consideraría que eres una mala persona, sino un ignorante. Te equivocaste al resolver un problema ético por la misma razón que suspendes matemáticas. Tu falta de conocimiento de la justicia hizo que te equivocases al elegir: optaste por un placer pasajero en vez de por ser fiel a un compromiso al que te ligaste libremente. Lo hecho hecho está, pero, a partir de ahora, dedica algo de tiempo a reflexionar sobre lo que haría una persona justa porque la injusticia daña el alma de tal manera que quien la comete siempre pierde más de lo que gana. Sobre la confesión o no de tu crimen, debes preguntarte: ¿qué haría una persona justa: eludiría su responsabilidad con engaños o admitiría su falta? En el caso del hombre deprimido, la persona justa usaría el engaño porque busca salvar la vida de su amigo. En el caso de tus cuernos, ¿qué buscas: salvar a tu pareja o salvarte a ti?

Los cuernos y la felicidad

Veamos ahora qué tiene que decirte Jeremy Bentham (1748-1832), padre del utilitarismo, una de las corrientes del pensamiento ético más importantes. Este filósofo inglés te diría que ni se te ocurra seguir los consejos de Kant, a no ser que quieras empeorar el problema.

Por cierto, antes de leer las ideas que este filósofo inglés tiene para ti, déjame contarte una de las anécdotas más *gore* de la historia de la filosofía. Bentham fue uno de los fundadores del prestigioso University College de Londres y, hoy en día, sigue participando en las reuniones de su consejo académico. ¿Cómo es posible esto? Es muy fácil. El filósofo, antes de morir, dejó en su testamento unas claras instrucciones para que embalsamasen su cuerpo, lo vistiesen con su ropa favorita y lo expusiesen en una vitrina en pleno vestíbulo de la universidad. En los estatutos del University College se establece además que en las reuniones del consejo debe estar presente la momia del pensador, aunque ya sin voz ni voto. Si estás en Londres y te apetece rendirle honores, recuerda que la cabeza de la momia no es la original. Ésta se fue pudriendo poco a poco y terminaron cambiándola por una de cera. Otra de las razones para sustituirla fue que se institucionalizó la tradición entre los estudiantes de robarle la cabeza al muerto para esconderla por la universidad o jugar al fútbol con ella.

Y ahora volvamos al tema de tu infidelidad. El filósofo momia te propone una sencilla regla para que descubras por ti mismo qué es lo correcto en este asunto de los cuernos. Se trata de lo que él llamó el «principio de utilidad»: si quieres hacer el bien, deberás llevar a cabo la acción que aumente la felicidad de la mayoría de los afectados. Sin embargo, debes tener en cuenta dos condiciones: la primera es que la felicidad de cada uno vale exactamente lo mismo que la de cualquier otro. Es decir, la tuya propia o la de las personas a las que quieres tienen exactamente el mismo valor que la de los demás. La segunda condición es que debes entender la felicidad como el aumento del placer o la disminución del dolor de las personas afectadas por dicha acción. Para simplificar todavía más la cosa, Bentham diseñó una especie de algoritmo que calcula el grado de felicidad de una acción y, por tanto, su moralidad. El cálculo sólo tiene en cuenta valores cuantitativos como la duración o la intensidad, ya que para el filósofo inglés no hay diferencia cualitativa entre place-

res. El placer que te aporta la amistad y el que te genera una buena comida es esencialmente el mismo: sus diferencias sólo son de grado. Dicho lo cual, si aplicamos el principio de utilidad al marrón que tienes entre manos, la cosa es bien sencilla: tienes que callar, tal como Bentham hace hoy en día en las reuniones del consejo del University College de Londres. Pasa página, olvídate de todo, sé feliz y haz feliz a los demás. Si hablas, lo único que conseguirás es aumentar el sufrimiento en este mundo. Tu pareja sufrirá, tú también y las empresas que venden regalos en San Valentín padecerán las consecuencias. La mentira no es mala en sí misma: su maldad o su bondad dependen de las consecuencias que genere. Para que comprobases esto, Bentham te invitaría a ver la película *Good Bye, Lenin!* (Wolfgang Becker, 2003), que nos relata cómo, unos días antes de la caída del muro de Berlín, una mujer orgullosa de sus ideas comunistas entra en coma. Cuando despierta, los médicos le dicen a su hijo que debe permanecer en reposo y no padecer ningún sobresalto. Alex, su hijo, hará lo imposible para que su madre no sepa que el capitalismo ha triunfado en su país. Ella vivirá en una amorosa mentira creada por su hijo.

John Stuart Mill (1806-1873) estaría de acuerdo con la ideas de Bentham, aunque introduciría algunas correcciones. La más importante de todas es que deberías modificar un aspecto de tu cálculo de la felicidad. Debes tener en cuenta no sólo la cantidad, sino, sobre todo, la calidad del placer. Te equivocarás si piensas que los placeres son todos iguales, ya que existen algunos más elevados que otros. Y a la hora de aplicar el algoritmo y tomar decisiones debes perseguir los placeres que desarrollan las capacidades específicamente humanas. Un cerdo puede disfrutar del placer de una buena comida al igual que un hombre, pero nunca lo hará de una conversación con un amigo. Por eso, Stuart Mill te aconseja que, si tienes que elegir, es mejor ser un ser humano insatisfecho que un cerdo satisfecho; es preferible ser un Sócrates insatisfecho que un idiota satisfecho.

¿Y sobre los cuernos, qué? Pues Mill te aconsejaría que no le dijeras nada a tu pareja, pero que reflexionases sobre lo que ha

pasado. Intenta controlar tus apetitos a partir de ahora y cultiva placeres que te hagan mejor persona. La próxima vez que vayas al pueblo, haz deporte, lee, busca a alguien interesante con quien conversar, escribe, disfruta de una buena película y mantén tu libido limitada a tu cuarto de baño.

Tranvías y gordos

Si el imperativo categórico de Kant tuvo que enfrentarse al dilema del asesino en la puerta, existen también otros que cuestionan el cálculo de la felicidad de los utilitaristas. El primero de ellos es el que planteó la filósofa británica Philippa Foot (1920-2010) en un artículo de 1967: imagina un tranvía desbocado y sin frenos que se dirige hacia cinco obreros que están trabajando en la vía. No puedes avisarles ni tampoco puedes parar el vehículo, pero sí puedes accionar una palanca que lo desviará hacia otra vía en la que se encuentra un único trabajador. ¿Debes accionar la palanca? En este dilema, el principio de utilidad parece resistir, porque parece que lo correcto es salvar la vida de un mayor número de gente accionando la palanca.

Pero existe otra formulación de este dilema, creada por la filósofa estadounidense Judith Jarvis Thomson. Ahora te encuentras en un puente y observas cómo el tranvía se dirige hacia los cinco trabajadores. Siendo como eres un experto en este tipo de vehículos, enseguida te das cuenta de que sólo hay una forma de detenerlo: empujando a un pobre hombre gordo que está a tu lado. Él morirá, pero al menos los cinco trabajadores salvarán sus vidas. ¿Empujarías a ese hombre con sobrepeso? En esta circunstancia, el principio de utilidad se tambalea. Nuestro sentido común nos dice que en este caso es inmoral disponer de la vida de un hombre para salvar la de cinco.

El filósofo Michael Sandel propone otra variante de este tipo de dilemas contra el principio de utilidad: imagina que eres un cirujano y que tienes a cinco pacientes enfermos que necesi-

tan cinco trasplantes de órganos diferentes o morirán. En la habitación de al lado tienes a un paciente ya recuperado, aunque dormido, y con unos órganos sanísimos. ¿Podrías llegar a matarlo para salvar cinco vidas?

Estos tres dilemas te ponen las cosas muy difíciles para aplicar el principio de utilidad a la ligera. No parece que esté probado que una acción sea buena si las consecuencias para la mayoría de los afectados son positivas. No deberías estar tan seguro de que mentir a tu pareja sea lo correcto simplemente porque parece lo mejor para todos. ¿Imperativo categórico o principio de utilidad? ¿Deber o felicidad? Te toca a ti elegir.

